



“Ciudad”

Poemario

Ciudad

Con seductores cantos de sirena
nos llama la Ciudad, nos maravilla
su fascinante luz, las previsiones
de cambios, de proyectos y esperanzas.

Nos lleva hacia su red, una red dulce
que nos hace olvidar mundos sencillos,
horizontes abiertos, verdes prados
y precarias opciones de futuro.

Su bullicio feliz nos involucra
y su tráfigo raudo nos asombra
con todo un universo a nuestro alcance.

Después, hipotecados de progreso,
nos ciñe con sus brazos venturosos
igual que prostituta complaciente.

Y no suelta jamás, porque no siente.

Colmenas

Habitamos colmenas.

Abigarradas urbes de cristal y cemento,
resignados refugios donde hallar el reposo,
perfilar la rutina,

detener el trabajo

y esperar que la noche nos regrese al vacío.

Soledades compactas para unir multitudes
en anónimas voces,
ignorantes de todo más allá de sus cuitas.

Vecinales refugios

erigidos sin freno hacia un cielo imposible
contemplado por ojos de cortinas echadas.
Habitáculos llenos de esperanzas impuestas
para asirnos al gozo de creernos felices
con las tontas falacias que alimentan el ego,
amueblan pesadumbres,

disfrazan realidades,

disimulan mutismos.

Habitamos la prisa,
la urgencia del enjambre que transita ascensores,
abre y cierra sus vidas con silentes cerrojos,
come, bebe, defeca,
hace el amor y trata de pasar ignorado
entre cuatro paredes de minúsculo grueso
y sorda conveniencia.

Sin vínculos externos.

Como panal de abejas privado de empatía.

Calles vacías

Las calles están llenas, deambulo
pendiente del bullicio de mis cosas,
distráido de aquello que no sea
el propio devenir de mi existencia.

No aminoro mi paso, ni me fijo
en la anónima cara de la gente
que me pasa rozando, como ola
que buscarse una playa sin retorno.

Veo desconocidos que se cruzan
cada día puntuales, totalmente
invisibles y enmudecido el gesto
que pueda conseguir proximidades.

Ni un leve movimiento de cabeza
que dé complicidad, ni una sonrisa
que esbozada fugaz ante el acaso
pueda insinuarte leve: ¡No estás solo!

Pero soy incapaz. Somos silencios
desnudos de emociones que recorren

los amplios bulevares de la prisa
tratando de pasar como de incógnito.

Apresuro el andar, quizá temiendo
que lean en mi mente y alguien tenga
pretexto que le incite a saludarme.

Las calles, bien lo sé, siguen vacías.

Overbooking

La calle me recibe con aridez de gesto,
con la mirada turbia de quien pasó llorando
el pórtico del alba
y ahora apeteciera, sin intrusos que miren,
enjugarse las lágrimas.

Transito mis rutinas en completo silencio
por aceras que anoche
desbordadas vivían de ajetreado bullicio,
de sonrisas amables,
de estentóreas voces,
de esperanzas asidas a un futuro sin traumas.

Acarreo pesares
en un carro de compra repleto de inquietudes
que mohíno me sigue camuflado en la sombra
que un sol empobrecido
proyecta de mis huesos en el húmedo asfalto.

Hoy sitúo mi puesto laboral de penurias
en la esquina de Mena con Martín Navarrete,
desocupada, libre
por razón de fortuna que mi juicio no alcanza.

El platillo vacío,
y el estómago lleno de una hambruna de días

que consuela y engaña
el aguado remedio de un tetrabrik de olvido.

Pasará la jornada lo mismo que la gente,
incommovible, ajena
al sentir de su entorno,
al caz de circunstancias que forzaron mi oprobio,
a nada que no sea llevar su ocaso a término.

Cuando al fin oscurece y soy más invisible
si cabe todavía,
recojo la miseria producto de la lástima,
los menguados enseres,
el orgullo maltrecho casi a punto de quiebra,
y emprendo la aventura
de buscar un reducto donde vencer la noche.

Un cajero entornado,
una estación de metro,
un portal en penumbra.

Sólo pido a la suerte no encontrar overbooking.

En rojo

Parado frente al rojo con el motor en marcha

y el ánimo en suspenso.

Las calles diluviadas brillando bajo el triste

fanal de las farolas

y la noche emergiendo pretérita e intacta,

huraña como siempre.

He quitado el contacto que mueve mi consciencia.

Los coches se amontonan

a izquierda y a derecha tomando posiciones,

rugiendo intermitentes como fieras sedientas

de sangre y de tumulto.

Se observan mutuamente con un runrún cobarde

y palpitan en ámbar,

o arrojan sus efluvios a los que agazapados

tras sus cuartos traseros esperan el instante

de saltar a sus nuca.

Depredadores natos que devoran los sueños,

la voluntad, la dicha

de aquellos que se pierden en la ciudad frenética.

Cruza el paso de cebra mi ayer y mi mañana.

El disco en esmeralda ordena vía libre
y la jauría inquieta se lanza hacia delante
nublando mis visiones.

Con sus ojos ardientes taladran la negrura
para acechar descuidos en un nuevo semáforo.

Debo cambiar a verde la luz de mis vivencias.

Caminos de retorno

Si es hora de volver, a qué esperamos
para que bañe el sol nuestra sonrisa,
nos beba el manantial y sea la brisa
aquella que meció cuanto jugamos.

Y si ansiamos volver, ¿por qué ignoramos
los campos que fenecen tan deprisa?
¿Por qué ha de ser Progreso la divisa
que compre lo rural que tanto amamos?

Del bucólico pueblo de la infancia
rememoramos luz de atardeceres,
arroyos y praderas de su entorno.

Pero nos pesa tanto la distancia,
la prisa y cotidianos menesteres,
que no andamos caminos de retorno.

* * * * *

“Fotogramas”